

## PEQUEÑOS PLACERES

Despiertas y bostezas; notas el cuerpo cansado e incluso dolorido. Miras el reloj, las cinco y media de la mañana; comienza tu día.

Abres la ventana balconera para permitir la entrada de aire y que se ventile el dormitorio mientras desayunas en la cocina, pero cambias de opinión cuando atisbas los primeros rayos de luz saliendo desde la silueta de los edificios que te rodean. El cielo va tiñéndose de un color rosado mientras te apresuras en prepararte tu café matutino. Aunque el atardecer te parece más hermoso, el amanecer también tiene su atractivo y decides tomarte tu bebida cargada de estimulantes en el balcón, mientras ves cómo la estrella que supone nuestra mayor fuente de radiación comienza, al igual que tú, su día.

Desvías la mirada por un momento hacia la cama. El lado izquierdo, el más cercano a la ventana, apenas está deshecho. Vuelves a concentrar la vista en el cielo, y en cómo los tonos rosados van transformándose poco a poco en anaranjados. Sin embargo, tu cabeza ya no está pensando en el amanecer, sino en lo mucho que la extrañas y en cuánto deseas volver a verla.

Habían pasado ya ocho meses desde que ella se fue a vivir a otra ciudad cuando recibió una oferta de trabajo que no pudo rechazar. Prometisteis veros mínimo dos veces al mes; una viajaría ella y otra tú. Al principio funcionó, pero en cuanto ambos recuperasteis vuestro frenético ritmo de vida, la promesa acabó por ser incumplida. El calendario señala el día 15 de julio, cumpliéndose tres meses desde la última vez que pudiste verla sonreír a tu lado.

Sin apenas percartarte, el cielo se ha iluminado por completo siendo esa la señal de que, o te apremias, o llegarás tarde a trabajar. Piensas en que quizá mañana repitas el despertar de hoy. Aprovechando la ola de calor, salir a las 5.30hs de la mañana al balcón a desayunar mientras ves el amanecer se puede convertir en algo realmente agradable. Y es entonces, mientras piensas eso, que ella vuelve a tu cabeza y recuerdas la frase que se te grabó a fuego la primera vez que te la dijo: *"La vida consiste en disfrutar los pequeños placeres del día a día"*.

No fue hasta ese mismo momento, que llegaste a comprender y sentir lo que realmente significaba aquella frase. Lo entendiste desde un principio; por supuesto que la vida se trata de disfrutar los pequeños placeres del día a día. Eran muchos los que habíais compartidos juntos, y en todos ellos habíais disfrutado enormemente. Sin

embargo, tu rostro siempre difería del de ella. Su sonrisa, el brillo en sus ojos, la viveza de su mirada, la paz que parecía estar sintiendo... Todo en ella parecía mucho más intenso.

Así había sido durante muchos años hasta esta misma mañana cuando, mientras observas el amanecer, te olvidas de tu cansancio y de tu cuerpo dolorido. Disfrutas verdaderamente de la hermosa imagen que tienes frente a ti sin preocuparte por nada más. Y entonces, comprendes lo que ella te quiso decir con aquella frase durante la primera escapada de fin de semana que hicisteis juntos a un pequeño pueblo de la provincia de Valladolid. Desde la terraza de vuestra habitación, con una copa de un buen vino en la mano, mirabais campo a través al sol mientras se escondía tras la línea del horizonte. Y a pesar de que la vista también te parecía realmente hermosa, la manera en que ella lo estaba viviendo se sentía totalmente diferente a la tuya.

El reloj marca las seis y media de la mañana. Con ese recuerdo en tu mente, tomas el casco de la moto que descansa sobre la mesa del comedor, te cargas la mochila a la espalda y sales de casa para poner rumbo al trabajo mientras una sonrisa se refleja en tu rostro.

Tres semanas más tarde, en el mismo balcón de la misma habitación de tu recuerdo, tomas la copa de vino que ella te está tendiendo con delicadeza. Notas su brazo por la parte baja de tu espalda junto con el roce que van dejando las caricias a su paso. Cierras los ojos un instante y bebes un poco de vino, concentrando tus sentidos en el pequeño roce de su mano contra tu piel desnuda. También consigues apreciar el ligero sabor afrutado del vino, y la tenue brisa del viento.

Abres los ojos y observas el atardecer. Es la primera vez que ves el cielo con un tono rosado tan intenso. Desvías tu mirada hacia ella, que se ha separado ligeramente de ti y ahora tiene su brazo libre apoyado en la parte superior de la barandilla mientras que con el otro sujeta su propia copa de vino. Está sonriendo; de nuevo, ese brillo en sus ojos, esa intensidad en su mirada contemplando el paisaje que se encuentra frente a vosotros. Y aunque las vistas son realmente hermosas y tratan de captar tu atención, te es imposible despegar tu mirada de ella. Sonríes al mismo tiempo que agarras con delicadeza su brazo y tiras de ella para atraerla hacia ti. La envuelves con tus brazos y la aprietas contra tu pecho, no sin antes dejar ambas copas de vino en la pequeña mesita que hay junto a vosotros. Has tardado en darte cuenta, pero tu pequeño gran placer del día a día, es poder compartir cada momento de tu vida con ella. Y así se lo harás saber de ahora en adelante, por el resto de vuestras vidas.